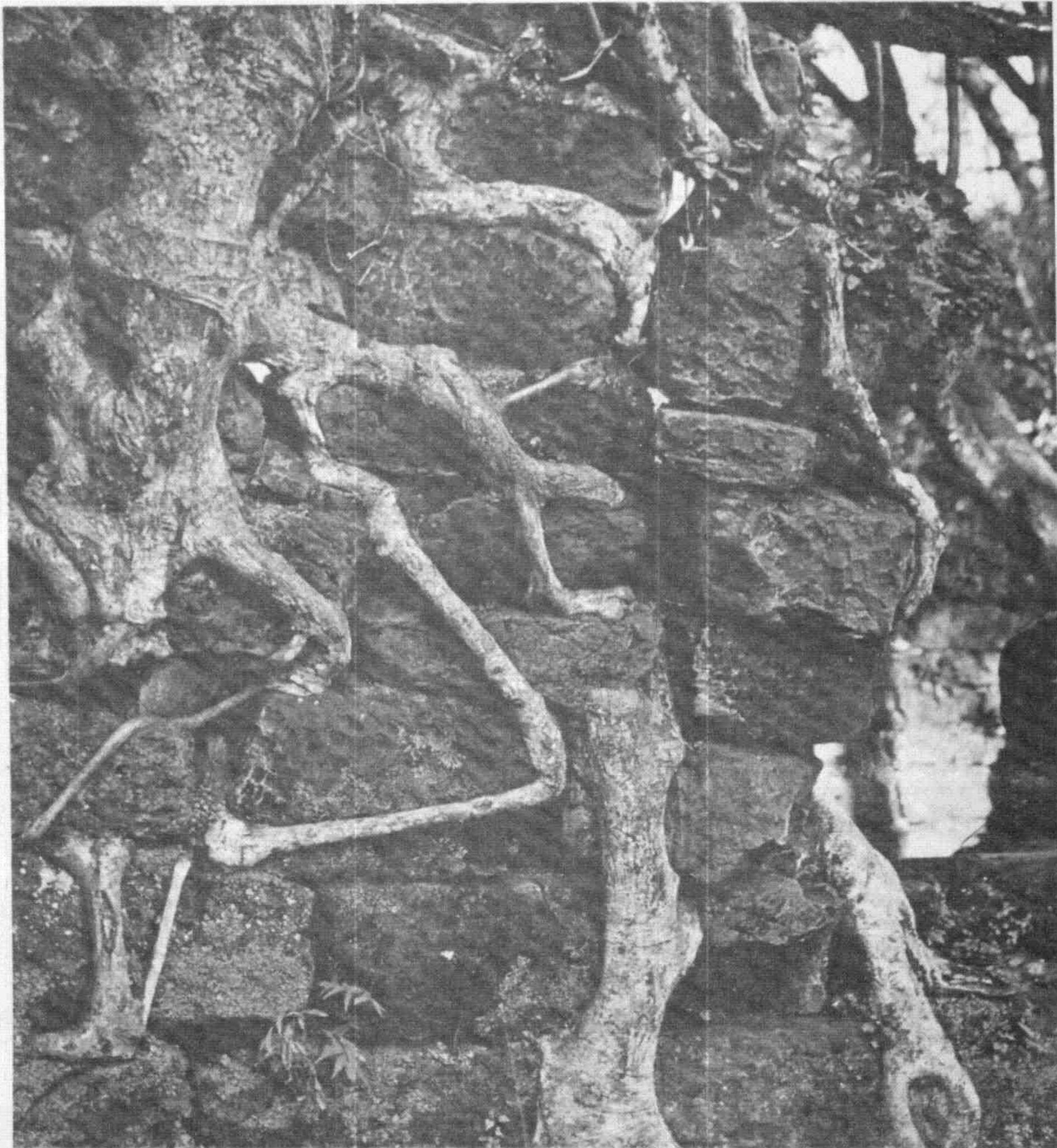


---

---

# PIEDRAS VIVAS





R.P. Ernesto Olmedo S.J., decano de los jesuitas argentinos.

El Colegio Máximo no es solamente un Centro Universitario de Teología y Filosofía, un foco apostólico de los jesuitas, una casa de formación de futuros sacerdotes, un centro educacional... también es una **casa** donde los **ancianos y enfermos** de la Provincia Argentina sirven a la Iglesia aceptando la voluntad de Dios. Más aún, sería difícil concebirlo sin esta presencia de los jesuitas ancianos: ellos son **las piedras vivas** de la comunidad.

Y son piedras vivas porque llevan en sus vidas, en sus rostros arrugados y sus manos cansadas con cicatrices de amor, la memoria viva de la Provincia Argentina, de la Compañía. No el recuerdo anecdótico de hechos sucedidos, sino la memoria del corazón que convoca, fortalece, funda. Ellos son portadores de la historia viva de una tradición que ha conocido pruebas, alegrías, triunfos; pero sobre todo mucha paciencia. La memoria de nuestras instituciones no está en los libros: más bien se la

encuentra en los ancianos sabios capaces de conllevarla, y esto sólo lo amasa la paciencia. De ahí que la verdadera memoria que convoca y funda es paciente.

Los ancianos no "molestan" en la Compañía. En el Máximo están junto a los jóvenes que recién comienzan su vida religiosa; es que la Compañía de Jesús no claudica de su voluntad de fundar familia. Y en una familia bien nacida se respeta a los ancianos y se cuida a los jóvenes: éstos son la fuerza renovada de la institución, aquellos su sabiduría, su memoria viva. En la concepción ignaciana de la vida religiosa el fin principal es "la salvación y perfección de las ánimas propias", para luego dedicarse a la de los prójimos. Estas "ánimas propias" son las de cada jesuita de la comunidad, de la Provincia, de la Compañía entera. Un jesuita debe, primariamente y según su vocación, ocuparse por la perfección espiritual de sus hermanos en religión. En esta actitud radica el

espíritu, la gracia de familia de la Compañía.

Los ancianos y los jóvenes, los dos extremos de la vida, conviven en el Máximo. No hay sitio para la contradicción secundaria del así llamado "problema generacional". Hay sitio para la familia, para la sabiduría de los ancianos, para la fuerza de los jóvenes. En los ancianos y los jóvenes está la esperanza de la Compañía: en los ancianos, porque son portadores de la sabia y paciente memoria de la familia religiosa; en los jóvenes porque quieren hacerse cargo de esa historia, se sienten convocados por ella.

Hace cincuenta años se ponía la "piedra" fundamental del Colegio Máximo. Todavía viven muchos de los jóvenes que, en aquel año 30, presenciaron la ceremonia. Ahora son viejos, el tiempo, la oración y la paciencia los ha transformado también en fundamento, en **piedras vivas** capaces de convocar y derramar sabiduría.

